

Vivo de ofrecer lecturas

Villar Arellano

Bibliotecaria

Soy bibliotecaria. Vivo de ofrecer lecturas a otros. Siempre he trabajado en esto. Con jóvenes, niños y adultos. Me gustan los libros. No imagino mi vida sin ellos. Sin embargo, me resulta complicado concretar cómo llegué a la lectura. No hubo un hecho aislado que me mostrara el camino de los libros, ni un título concreto que me sumergiera definitivamente en ellos. Supongo que, como tantas cosas en la vida, fue un descubrimiento progresivo, un elemento que se fue introduciendo imperceptiblemente, página a página, entre mis placeres y rutinas. Mi inmersión en la lectura fue, pues, natural y pausada, una consecuencia del ambiente en el que crecí y del que mi madre fue la principal responsable.

A su manera, y de un modo intuitivo, mi madre fue procurando mi formación lectora y la de mis hermanos del mismo modo que cualquier otro aspecto de nuestra educación. Conscientes de la importancia de los libros, ella y mi padre procuraban poner a nuestro alcance todo tipo de lecturas: tebeos, cuentos, obras informativas, obras de consulta... Claro que esta preocupación no era ajena a sus propias aficiones. Los dos leían a diario. Mi padre, la prensa. Mi madre, novelas.

De este modo, actualidad y literatura establecieron dos modelos que, supongo, fueron dejando poso, cada cual a su manera, en mi forma de percibir la lectura y en el hueco que, poco a poco, le iba haciendo en mi vida –un espacio real que iba ocupando en mi pequeña biblioteca particular y un tiempo que comenzaba a introducirse entre mis momentos más personales, incluido el robado al sueño–.

No recuerdo en mi madre actitudes de especial militancia en relación con los libros, pero sí sus comentarios habituales sobre el tema en las más triviales situaciones: en un momento de aburrimiento, ante una duda, al recordar el próximo cumpleaños de una amiga, cuando trataba de retrasar el momento de ir a dormir...

Siempre había libros por respuesta, no como algo forzado, sino con toda naturalidad. No trataba de pontificar sobre ellos o argumentar sus bondades, sencillamente nos recordaba que existían y que podíamos usarlos. Estaban ahí, eran parte de la vida. Sólo había que disfrutar de ellos, sacarles partido.

Creo que era una buena fórmula. Hoy en día solemos ponernos bastante pesados defendiendo las virtudes del libro y la lectura. Somos demasiado explícitos y exaltados en nuestros alegatos. Sin embargo, si de lo que se trata es de promover hábitos de lectura, la mejor apología es la cercanía, la familiaridad con el libro desde las más tempranas edades, y la demostración empírica, en cuanto tenemos uso de razón, de que el libro nos puede proporcionar grandes satisfacciones. Claro que para esto es preciso que, efectivamente, nos las proporcione. En esto la lectura es como todo: quien no siente placer con algo, difícilmente podrá transmitirlo.

No creo, en realidad, que exista ninguna fórmula exacta para conseguir lectores. Ni siquiera creo que rodear a un niño de libros desde su más tierna infancia sea una garantía de que vaya a interesarse por ellos... aunque es mucho más probable que esto suceda así que en un contexto carente de libros. Estoy convencida de que la familia, el ambiente en el que se forma un niño, es un elemento vital en la creación de hábitos lectores. Y, evidentemente, no todo el mundo tiene las mismas oportunidades en este sentido. Por eso, creo que, como en cualquier aspecto educativo, el papel compensatorio de la escuela para el acceso a la lectura es imprescindible.

¿Y en qué debería concretarse esta responsabilidad? En primer lugar, en lo más básico: un amplio panorama de lecturas para todos. Sólo la escuela puede garantizar que la totalidad de los niños tenga acceso a una colección de obras de calidad, un conjunto variado de libros que permita dar respuesta a diferentes intereses y necesidades lectoras. La oferta de las bibliotecas escolares debería ser lo suficientemente compleja y diversa para resultar útil a un público tan heterogéneo y conseguir satisfacer tanto sus demandas de información como su necesidad de ocio y entretenimiento. Pero además, debería estar organizada con criterios coherentes en el marco de un proyecto de promoción lectora que implicara a todo el centro escolar.

Cuando hablamos de promover hábitos de lectura, parece que siempre nos referimos al concepto de lectura como placer, a su poder para conmovernos, al aspecto más artístico y literario de los textos. Sin restar importancia a esta dimensión de los libros –que ojalá pudiera abordarse en toda su plenitud–, creo que la urgencia en la promoción escolar de la lectura reside sobre todo en su capacidad para que el alumno pueda enfrentarse con la vida.

No creo que leer nos haga mejores personas: ni más humanas, ni más solidarias. Creo que leer nos ayuda a conocer mejor el mundo, nos pone en disposición de elegir qué camino tomar y que nadie decida por nosotros. En este sentido, leer –en su acepción más completa– sí nos hace dueños de nuestro propio destino.

En esta época de saturación informativa es imprescindible aprender a leer de un modo crítico para poder procesar la información y transformarla en conocimiento. De no ser así, el número de iletrados seguirá creciendo al ritmo que evo-

lucionan las nuevas tecnologías. Las formas de leer están cambiando y la escuela debe favorecer el desarrollo de los nuevos hábitos lectores necesarios para afrontar los retos del futuro. Todo el mundo puede llegar a ser un buen lector, pero para ello debe contar con los medios adecuados, materiales (lecturas, en sus diferentes medios y soportes) y humanos (mediadores capaces de movilizar la voluntad y la destreza necesaria). Las bibliotecas escolares son el corazón de este proceso de aprendizaje, pero los otros mediadores –libreros, bibliotecarios, familia– son agentes imprescindibles en esta compleja sociedad.

Ya he comentado el necesario papel de la familia. Creo que su principal función en relación con este objetivo es construir un hábitat lector, introducir los libros en cualquier faceta de la vida, como un elemento cotidiano más.

En cuanto a los libreros, tienen en su mano la posibilidad de asesorar, recomendar, mostrar al público la gran variedad de materiales disponibles, hacer visible lo que el mercado eclipsa con sus grandes campañas de marketing... Ellos son los grandes mediadores entre el libro y la familia, pero también los mejores cómplices de profesores y bibliotecarios en la selección bibliográfica.

Y por último, considero la biblioteca pública el espacio social del libro, un lugar para el encuentro y el diálogo en torno a la lectura. La biblioteca establece puentes entre páginas y entre lectores que pueden equilibrar la soledad del texto –ese abismo que es lo que más asusta de la lectura–. El bibliotecario puede propiciar la comunicación, creando un caldo de cultivo propicio a través de presentaciones e itinerarios de lectura, y puede favorecer el acercamiento a las nuevas formas de lectura emergentes, vinculándolas con el legado de la tradición cultural.

Nos pasamos la vida aprendiendo. La lectura no es sino una forma más elaborada de asumir ese aprendizaje. Los profesionales que trabajamos en dichos ámbitos deberíamos ser conscientes de ello y colaborar de un modo más estrecho para que la promoción de hábitos de lectura pueda tener un mayor alcance y rigor.

No creo que sea necesario ensayar nuevos ni sofisticados experimentos para promover hábitos lectores. Leer y dar de leer. Ofrecer palabras y libros. Recursos y mucho sentido común para poner la lectura al alcance de la mano, en cualquier situación.